

Artículo aparecido en el nº 225 de la revista IGLESIA VIVA, ene-mar 2006.
www.iglesiaviva.org

Liberar, liberarse y ser liberado Praxis cristiana contra el mal

Juan Masía Clavel, S.J.*

La fe cristiana ora diciendo, al final del Padrenuestro, "líbranos del mal". Se expresa así el reconocimiento de que necesitamos ser liberados y que no podemos liberarnos solamente por nosotros mismos. Esta necesidad la vive en su propia experiencia la persona creyente que se siente llamada a liberar a los demás del mal, a la vez que se percata de la presencia del mal en su misma interioridad, junto con la impotencia para librarse a sí misma del propio mal.

Curar heridas, descolgar de cruces

Ante la realidad cotidiana de las negatividades: sufrimiento, marginación, muerte, etcétera, la persona creyente vive la exigencia que Jon Sobrino ha calificado a menudo con la fórmula de "bajar de la cruz a los crucificados". Antes y por encima de todas las teorizaciones, se presenta la urgencia de una praxis de liberación. En el budismo, su equivalente es la conocida parábola contada por Gautama el Buda.

"Un hombre fue alcanzado por una flecha envenenada. Enseguida, sus parientes y amigos llamaron a un médico. ¿Qué ocurriría si el enfermo dijese: Yo no quiero dejar que se vende mi herida hasta que sepa quién

Universidad Pontificia de Comillas. Madrid.

es el hombre que me ha alcanzado con su flecha? El hombre moriría por su herida"¹. La urgencia de la praxis de liberar del mal tiene prioridad sobre cualquier teoría acerca de sus orígenes o su presunta justificación. Ante la realidad del mal, la acción humana no puede menos de responder haciendo por suprimirlo o, al menos, disminuirlo. Esta respuesta práctica a una situación prevalece sobre cualquier búsqueda de solución teórica a un problema. Sin perder tiempo en preguntarse "¿de dónde viene el mal?", hay que plantearse la cuestión práctica: "¿qué es lo que está en nuestra mano hacer para combatirlo, suprimirlo o disminuirlo?".

Esta exigencia se percibe a nivel humano, independientemente de las creencias. Es cierto que a la persona creyente se le agudiza el problema teórico. En efecto, no comprende por qué no interviene la acción divina para librar ya aquí y ahora del mal. La persona creyente se ve tentada a formular esta crisis de su fe en términos de "¿por qué Dios lo permite?" Pero sería un lujo si se quedase la praxis creyente paralizada, como si estuviera bloqueada ante la incomprensible ausencia de respuesta teórica al enigma del mal. La otra cara de su fe es la exigencia de la praxis liberadora del mal. No puede uno quedarse cruzado de brazos preguntando a Dios por qué permite que se crucifique a los crucificados.

Ante la realidad del mal, la respuesta de bajar de la cruz a los crucificados prevalece sobre cualquier búsqueda de solución teórica a un problema

Hay que ponerse manos a la obra y hacer por bajarlos de la cruz. Tanto a nivel de experiencia humana ética como a nivel de experiencia humana de fe, la realidad del mal plantea, ante todo, la exigencia de involucrarse en una praxis de liberación. Nos vemos obligados y llamados a cambiar la perspectiva: en vez de limitarnos a preguntar "¿por qué o de dónde viene el mal?", hay que plantearse: "¿cómo librarse y liberar del mal?"².

Hacer y padecer

Uno de los nudos más difíciles de desenredar a la hora de esforzarse y comprometerse en la tarea de la liberación del mal es la implicación mutua de hacer y padecer el mal, así como la dificultad de deslindar en dos campos completamente separados a las víctimas y a los agresores. Es fácil indignarse, protestar o rebelarse ante la realidad del mal. Más difícil es reconocer dentro de nosotros mismos la doble característica de ser autores y receptores del mal, a la vez agresores y víctimas. Y, sin embargo, éste es un paso clave y decisivo en la liberación del mal.

Al día siguiente del desmoronamiento de las torres gemelas de Nueva York por el ataque terrorista, los noticiarios se hacían eco de la retórica

1 F. König, *Cristo y las religiones de la tierra*, III, B.A.C., Madrid, 1961, p. 235

2 P. Ricoeur, "Le mal: un défi à la philosophie et à la théologie", en: *Lectures III*, p. 111.

bélica que divide al mundo en buenos y malos como en las películas del Lejano Oeste. Dominados unos por el deseo de represalia y angustiados otros por el miedo a la repetición, coreaban sin crítica los eslogan dictados por los asesores de los políticos. Con ese telón de fondo me impresionó la reacción de algunos de mis amigos monjes budistas. Me decía el maestro Suzuki: "Al ver caer las torres, sentí que yo había contribuido a su hundimiento; me arrepentí de no haber hecho hasta ahora bastante por la paz". El presidente Niwano, cabeza de la Asociación Budista Koseikai comentó: "El avión de los terroristas iba cargado con el combustible de nuestros pecados de omisión. No basta orar por la paz. Hay que trabajar positivamente por ella, colaborando unidas las religiones". Y el abad del templo de Eiheiji decía: "Bombardeando a inocentes como represalia solamente se logra consolidar los eslabones de la cadena de violencia. Lo mismo me pasa a mí, que a mis noventa años aún no he conseguido romper la espiral de violencia dentro del propio corazón". Estos comentarios me estaban recordando y haciendo redescubrir la parábola evangélica del trigo y la cizaña.

Si ante las noticias del último mal: terrorismo, crimen, maltrato, guerra, etcétera, reacciono diciendo: "Es horroroso lo que hacen ellos", es señal de que aún no he reconocido en mi propio interior raíces de mal, por pequeñas que sean, que me asemejan de algún modo a cualquier agresor. Mientras no seamos capaces de decir "todos somos víctimas y todos somos agresores", no será posible emprender caminos de reconciliación sin que haya, en la auténtica reconciliación, vencedores o vencidos. Cuando se comprende esto, se deja de hablar de guerra o lucha contra el terrorismo para pasar a hablar de "logro de la paz y reconciliación mediante la superación de toda clase de terrorismo y violencia, tanto la que amenaza desde fuera como la que todos sin excepción llevamos dentro".

El agresor, autor de un crimen, que asesina a otra persona, comete dos ejecuciones: además de matar a otra persona, se está, de algún modo, matando a sí mismo. Son dos las víctimas, la persona asesinada y el agresor, que es víctima de sí mismo. La razón de no condenarle a pena de muerte es, precisamente, para darle la oportunidad de que, más pronto o más tarde, lo reconozca, se convierta y se libere. Si no lo hacemos así, nos sumamos nosotros también y hacemos que se sume, junto con nosotros, la sociedad a la espiral de agresores y a la acumulación de víctimas.

Así pues, es parte central de la praxis cristiana de liberación del mal el reconocimiento, en el punto de partida, de que todos somos a la vez víctimas y agresores y todos necesitamos ser liberados.

Cuatro liberaciones

En la vida cotidiana tropezamos con la realidad del mal, al menos en cuatro niveles: personal, interpersonal, ideológico y estructural. En el plano personal: nuestras contradicciones internas de hacer lo que no queremos y no hacer lo que en el fondo queremos. En el plano interpersonal:

mezcla inexplicable de responsabilidad, destino y azar en las rupturas que afectan a cada relación humana. En el plano ideológico: coexistencia ineludible del error y la verdad, de la manipulación y el desenmascaramiento. En el plano estructural-institucional: propagación del mal en las instituciones de la sociedad³.

Confrontamos el mal como paradoja de una libertad esclava en estos cuatro niveles, en los que percibimos, desde la fe, la exigencia de libranos y liberar, que han de ser sostenidas por la vivencia de estar siendo liberados desde una instancia absoluta, fundamento de esperanza a pesar de todos los pesares.

En el nivel personal percibimos dentro de nosotros aquella contradicción que Pablo expresaba diciendo: "Lo que realizo no lo entiendo, pues lo que yo quiero, eso no lo ejecuto y, en cambio, lo que detesto, eso lo hago... ya no soy yo el que realiza esto, es el pecado que habita en mí... no hago el bien que quiero; el mal que no quiero, eso es lo que ejecuto. Ahora, si lo que yo hago es contra mi voluntad, ya no soy yo el que lo realiza, es el pecado que habita en mí" (Rom 7, 15-20).

Percibimos en nuestra interioridad la contradicción íntima que supone la experiencia de la acción mala como arraigada en una ceguera, incoherencia y absurdidad inexplicables. Si estuviera claro, con cien por cien de

Confrontamos el mal como la paradoja de una libertad esclava en estos cuatro niveles: personal, interpersonal, ideológico y estructural

claridad, que ha brotado de mí ese mal, sería fácil reconocerse culpable. Si estuviese claro, con cien por cien de claridad, que he sido arrastrado por un hado ciego o empujado por una tentación irresistible, sería fácil excusarse.

Pero se percibe simultáneamente la realidad de ser libre y esclavo, la tragedia de un "siervo arbitrio". La salida tiene que venir desde una instancia que nos libere. Sigue diciendo Pablo: "¿Quién me libraré de este ser mío, instrumento de muerte? Pero, idesgraciado de mí! ¿Quién me libraré de este ser mío, instrumento de muerte? Pero, icuántas gracias le doy a Dios por Jesús, Mesías, Señor nuestro!" (Rom 7, 24-25).

En segundo lugar, tenemos la experiencia del mal a nivel interpersonal. En las relaciones humanas interpersonales surgen situaciones de conflicto y ruptura de la convivencia y comunicación, en las que no es posible atribuir con certeza la causa de la crisis a una de las dos partes. Tan cierto parece que ambas partes tienen la culpa como que ninguna de las dos la tiene. El caso es que se presentan, a veces repentina e inexplicablemente, rupturas que no hay manera de racionalizar ni justificar. El empeño en aclararlas haciendo reconocer a una sola parte la culpa de la ruptura está condenado al fracaso. Dice el refrán budista que "en las relaciones huma-

3 J. Masiá, *Fragilidad en esperanza*, Desclée, Bilbao, 2004, p. 197 ss.

nas, cuando menos lo piensas salta lo demoníaco". Para librarse del mal y liberarnos mutuamente, no queda otra salida que el perdón y reconciliación bien entendidos: no como olvido, ni como indulto, sino como creatividad que hace posible volver a empezar. ¿Sería esto posible sin la certeza de una instancia absoluta que, al aceptarme incondicionalmente, hace posible que yo me perdone a mí mismo y me deje perdonar, lugar de donde por primera vez brota la posibilidad de perdonar a los demás?

En tercer lugar, tenemos la experiencia del mal en el mundo del lenguaje y la comunicación: el mal de la mentira. Pero no es solamente cuando yo conscientemente cometo una injusticia engañando a otra persona o cuando soy engañado. Hay una "red de mentira difusa" en la que es difícil, prácticamente imposible, designar un responsable. Inconsciente o anónimamente la responsabilidad se difumina, pero el hecho es que estamos insertos en una trama de manipulaciones, errores, engaños sutiles, distorsiones ideológicas y racionalizaciones de lo irracional. Preguntamos por la verdad, necesitando liberarnos en medio de un mundo de mentira. Pero si comparamos ese ambiente irrespirable al de una sala de fumadores con las ventanas cerradas, hemos de reconocer que cada uno de nosotros lo aumenta encendiendo un cigarro más, en vez de abrir las ventanas.

Finalmente, en cuarto lugar, experimentamos la desazón que nos produce la dificultad de desarraigar el mal del seno de las instituciones, empezando por las mismas iglesias. También aquí el mal reviste rasgos de anonimato difuminado. Si en política se le pudiese echar toda la culpa de un desastre a determinado gobernante y en la iglesia a determinado dirigente o responsable, sería fácil la explicación, aunque fuera difícil la liberación. Pero esa culpa difuminada, que es de todos y de ninguno, es tan difícil de explicar como de desarraigar.

Ante esta cuádruple realidad, la praxis cristiana consiste, como la budista, en curar la herida antes de averiguar quién disparó: es la praxis de un cuádruple movimiento de dar esperanza, promover reconciliación, denunciar los engaños e impulsar la liberación. A ello nos anima la teología de la esperanza alegre (Rom 15, 13); la teología de la reconciliación y la comunidad (Col 1 y Ef 4); la teología del discernimiento (1 Co 2, 10-16; 1 Thes 5, 21-22) y la teología de la liberación (Mt 25). A eso apuntaba el "sueño de Jesús", el sueño de un "Reinado de Dios" que fuese "reino de paz y alegría (Mt 11, 25-30; Lc 10, 21-24); reino de vida y amor (Mt 5, 43-48; Jn 10, 14-16; Jn 10, 28-30; Jn 15); reino de verdad (Mt 23); y reino de justicia (Mt 6, 33).

Malentendidos sobre mal entre personas creyentes

Aquí habría que añadir un capítulo larguísimo de aclaraciones, que no es posible en el limitado margen de estas páginas. En efecto, hay muchos malentendidos frecuentes entre personas creyentes acerca del mal. Por ejemplo, es un error creer que la fe nos soluciona teóricamente el enigma

del mal. Creemos en Dios no porque nos solucione el mal, sino a pesar de que no nos lo soluciona.

Es también un error frecuente creer que la persona creyente tiene ante sí como una especie de video que le muestre la descripción del más allá y le libre así de la angustia de la muerte. La fe no nos da esa descripción, sino la certeza de la esperanza de que el Dios que me crea por amor, no me puede olvidar ni abandonar en el trance de la muerte.

Es otro error frecuente achacar a Dios la suerte en la lotería o culparle de la mala suerte. Ni los males son castigos enviados por Dios, ni debemos concebir antropomórficamente un Dios planeando males "por nuestro bien".

Pero la lista de estos malentendidos sería interminable. Limitémonos al ejemplo muy común del dolorismo.

¿Mar adentro?

Cuando vi la película *Mar adentro* –que, por cierto, me gustó mucho– me reí especialmente en la escena que pone en boca de un sacerdote visitante unas palabras inoportunas. Al comentarlo después con mis compañeros, se extrañaron. Según ellos debería haberme indignado ante aquella escena. Pero es que unos días antes de ver la película había presenciado una escena parecida. Un sacerdote le decía en un hospital a una anciana de noventa años: "Ánimo, abuela, que usted va a ir derecha al cielo, que todo esto que está sufriendo ahora ya le vale por purgatorio". Evidentemente, es una barbaridad, pero barbaridades como éstas se dicen, por desgracia, por parte de personas creyentes. Merece por eso la pena detenerse a aclarar este punto, como un ejemplo de casos en que hay que corregir percepciones e ideas extendidas entre los creyentes. Y para que no ser sospechoso de progresismo radical lo haré utilizando un texto de más de medio siglo de antigüedad, anterior al Concilio Vaticano II. Se trata de un discurso de Pío XII, que ilumina para deshacer el malentendido de idolatrar el dolor o el culto al sufrimiento.

Aunque pueda dársele sentido, el sufrimiento no tiene por qué ser deseable. Aunque no sea imposible dar sentido al sufrimiento, no se puede considerar el dolor en sí mismo como bueno o enviado por Dios con alguna finalidad. Ni debemos culpabilizarnos, creyendo que el dolor es un castigo, ni echarle la culpa a Dios, creyendo que planea sacar un bien de ese dolor y por eso lo envía. Podemos y debemos usar los paliativos convenientes. La meta de la medicina no es sólo curar; tampoco impedir la llegada de la muerte. Es parte de la medicina aliviar el dolor y humanizar el sufrimiento. Es responsabilidad común del equipo sanitario y de quienes acompañan al paciente, integrar la tarea de curar y la de cuidar. Una sana teología nunca hace un ídolo del dolor ni condesciende con el culto al sufrimiento. Ninguna vida humana carece de sentido y dignidad, incluso en las peores situaciones de debilidad, dependencia y sufrimiento. Pero

el uso exagerado de los medios de prolongación de vida puede convertirse en algo inútil, oneroso y sin sentido. Ya hace más de medio siglo, el Papa Pío XII dijo que tenemos derecho a evitar el dolor físico⁴ y que la persona cristiana no tiene nunca obligación de aceptar el dolor por el dolor (n. 18). Criticaba el Papa a quienes citan (id., n. 36) lo de Jesús en cruz rehusando beber el vinagre como si fuera un ejemplo de renuncia a un analgésico. Decir eso es una barbaridad, como también lo es citar lo de Jesús bebiendo el cáliz de la pasión para consolar a un enfermo terminal. A veces se dice que el enfermo debe soportar dolor para adquirir méritos, pero dice Pío XII que no es oportuno sugerir a los moribundos tales consideraciones, que pueden ser contraproducentes.

Praxis de la oración en forma de queja

Es natural que la persona creyente se pregunte si le aporta algo la fe cuando confronta el enigma del mal en carne viva. Pero no le podemos pedir a la fe lo que no es su papel darnos. Ni respuestas teóricas, ni recetas mágicas para resolver el obstáculo del mal o para consolarnos superficialmente cuando no lo podemos resolver. No nos da el Evangelio esa clase de recetas ni consuelos fáciles. Tampoco nos da explicaciones evidentes que hagan desaparecer las dudas del creyente o que convengan con argumentaciones irrefutables al no creyente. Nada de eso podemos esperar del Evangelio. Lo que nos da es otra cosa: esperanza para proseguir en la praxis de liberación del mal a pesar de todos los pesares. Además nos da fuerza para orar en silencio ante el silencio de Dios frente al mal.

Ya hace más de medio siglo, el Papa Pío XII dijo que tenemos derecho a evitar el dolor físico y que no debemos decir al enfermo que debe soportar dolor para adquirir méritos

Lo diré con un caso concreto. Una persona creyente estaba afligida porque acababa de perder en circunstancias trágicas a un ser querido. Esta persona estaba destrozada y decía: "No logro aceptarlo. Todos los de mi familia, que son practicantes fervorosos y pertenecen a un movimiento de espiritualidad, me dicen que debo resignarme, como creyente, e incluso que debo alegrarme de que esa persona querida está ya con Dios. Pero yo no puedo...". Al contarlo, decía esta persona: "¿Por qué tenía que pasarme esto precisamente a mí? ¿Por qué esa enfermedad tuvo que ocurrirle precisamente a ella? ¿Por qué? ¿Por qué?". Los familiares de quien así hablaba y los miembros de cierta comunidad de un movimiento neoconservador le recomendaban que no se quejase. "Hablar así es una ofensa a Dios", le decían.

⁴ Discurso de Pío XII al IX Congreso internacional de la Sociedad italiana de anestesiología, 24, febrero, 1957, n. 16.

Hay que decir claramente que la postura de quienes así aconsejaban estaba, aunque adoptada quizás con buena intención, totalmente equivocada. Lo que había que decirle a esa persona era otra cosa: "Usted no ofende a Dios al decirle como el salmista: *¿Por qué, Señor, hasta cuándo?* Demasiado sabe Dios que ese grito es la única oración que usted puede hacer en este momento. Siga diciéndoselo. No es una queja ofensiva, sino una queja desde la fe en forma de oración. Siga diciéndoselo así a Dios. Sería fingido, artificial y hasta hipócrita pretender una conformidad y resignación fáciles y sonrientes después de lo que a usted le ha pasado. Siga, por tanto, sin culpabilizarse, repitiéndole a Dios en la oración ese grito. Ese grito es su oración, la única que usted puede hacer ahora. Y que Él le de fuerzas para quedarse como Jesús en cruz en silencio ante el silencio de Dios frente al mal, repitiendo: "Dios mío, ¿por qué me has desamparado?".

He reproducido en la conversación anterior una situación que se me ha presentado a menudo en la práctica del ministerio. Tras ella hay una teología muy distinta de aquella otra que presume de saber el porqué de los males y atribuye a Dios su planificación, diciendo: "Dios lo ha permitido". Todavía peor, a veces se añade: "Dios me ha castigado". A veces se habla del mal con una teología justificadora de su planificación. Pero la fe madura debe aprender otra clase de teología, la que dice: "Ni Dios ha podido querer esto, ni lo ha permitido para castigarme, ni tampoco para mi bien. Sencillamente, no me lo explico. No sé por qué ocurre todo lo que está ocurriendo, pero el Dios en quien creo me da esperanza para hacer por liberarme y liberar a otras personas del mal, a pesar de todo lo que está ocurriendo".

Para tener esta teología y esta espiritualidad hay que empezar por perder el miedo a decir: "no sabemos, no entendemos, no lo tenemos claro...". Porque tener fe no es tener todas las cosas claras, sino tener esperanza cuando y a pesar de que estén oscuras. Tener fe no es vivir a todas horas bañado por el resplandor de la verdad, sino recibir fuerzas para vivir en medio de la niebla de las incertidumbres, pero con el calor de la confianza amorosa.

Desde una fe así se puede mantener la postura que pierde el miedo a quejarse en forma de plegaria. Entonces la queja no es blasfemia, sino oración en forma de grito impaciente, angustiado y esperanzado al mismo tiempo. Ése es el sentido del salmo: "¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo?". Esta teología de la queja es más fiel al mensaje bíblico que la teología de la permisión divina del mal. A este modo de convertir la queja en oración P. Ricoeur lo llamaba "la impaciencia de la esperanza".

Esta actitud de fe no sólo no resuelve el problema del mal, sino que, consciente de que es enigma más que problema, lo acrecienta al confrontarlo con un Dios de amor. En el caso de la persona creyente se incrementa la crisis ante el escándalo del mal, la indignación contra el triunfo de los agentes del mal y el dolor por el sufrimiento inocente. Por eso es una "fe y esperanza, a pesar de...".

La aportación del cristianismo ante el enigma del mal es facilitar la praxis de seguir haciendo por bajar de la cruz a los crucificados, animados por el silencio de Jesús en cruz ante el silencio de Dios frente al mal. Ni el libro de Job ni el grito "¿Por qué me has abandonado?" de Jesús pueden desaparecer como acompañantes inseparables de la esperanza cristiana. Como Pablo, pregunta el creyente: "¿por qué?". Y como Pablo se queda callado meditando: "¡Qué insondables son tus decisiones! ¡Qué irrastrea- bles son tus caminos!" (Rom 11,33).

Dios no planifica males

La praxis creyente de comprometerse en el esfuerzo por liberar del mal va sostenida por una espiritualidad de esperanza "a pesar de...", como la expuesta hasta aquí. Con otra clase de espiritualidad o de teología, no sería posible. Por ejemplo, hay que desenmascarar la teología y la espiri- tualidad de "no hay mal que por bien no venga". No vamos a negar que hay algo profundo en la sabiduría popular de ese refrán. Más aún, conec- ta con un dicho bíblico famoso: "Mis caminos no son vuestros caminos" (Is 55,8). Hay que reconocer que se da, a veces, al cabo del tiempo, la expe- riencia de reconocer la parte de bien que había en lo que nos pareció un mal o el bien que ha ocurrido después. Pero el peligro de malentendido comienza cuando atribuimos a Dios la planificación de males para sacar bienes.

Este malentendido lo ha favorecido la traducción del texto de Rom 8, 28 en términos de "todo se convierte en bien". Más atinado es traducir con el P. Alonso Shökel: "con los que aman a Dios, Él coopera en todo para su bien". Sue- le explicarse esta frase diciendo que, por debajo de la apariencia de mal, de todo pue- de salir bien, porque Dios actúa en el fondo de todo para bien. Para entender bien los dos polos de esta frase habría que explicitar que "amar a Dios" significa "reco- nocerse amado y dejarse amar por Dios". Dejarse amar y perdonar por Dios (algo muy difícil para quienes no nos perdonamos a menudo a noso- tros mismos), dejarse acoger por Dios lleva a ver a Dios en todo y a todo en Él y desde Él. Así es como se puede entender el otro polo de esta fra- se: "Dios actúa en todo, a pesar de todo, para bien". Solamente así es posible superar la amargura, el rechazo o la angustia que nos producen los males pasados, presentes o futuros".

Se da, a veces, al cabo del tiempo, la experiencia de reconocer la parte de bien que había en lo que nos pareció un mal o el bien que ha ocurrido después del mal

Una lectura así lleva a una praxis esperanzada frente al mal y a pesar del mal, muy distinta de la que brota de lecturas racionalizadoras, espiri- tualistas, moralizantes o justificadoiras de Dios. Va incluso más allá del optimismo facilitón de algunas psicoterapias que te animan diciendo: "Tranquilo, que de todo esto saldrá como resultado, porque tú vas a cre- cer y madurar".

Para comprender la profundidad de la frase paulina hay que partir de estos dos polos que acabamos de ver. Ni le echo la culpa del mal a Dios, ni me empeño en justificar a Dios, atribuyéndole la planificación del mal para sacar bienes. Ni siquiera digo que Dios los permite. Digo, con toda sinceridad, que ni entiendo el mal ni explico su permisión. Pero confío en el Dios por quien me dejó amar y por eso puedo, a pesar de los pesares mirar cara a cara al mal.

Desde esa postura se pueden hacer las afirmaciones siguientes:

- Desde Dios es posible recordar los males pasados sin que sea patológicamente morboso el recuerdo.
- Desde Dios es posible mirar cara a cara los males sin que nos produzca un asco que disuelva cualquier rastro de buen humor.
- Desde Dios es posible anticipar la amenaza de males futuros –incluida la inquietud ante la muerte– sin que el miedo nos deje bloqueados.
- Dejándose querer y perdonar por Dios es posible perdonarse a sí mismo, sin autojustificarse ni autocondenarse.

Así es posible mirar a cara a cara al mal sin que sea morbosa su presencia.

La praxis del camino eclesial "a pesar de..."

Dicho todo lo anterior, queda por tratar un punto muy penoso: el mal dentro de la iglesia. Llenamos páginas para hablar de la postura pacífica de las religiones ante la violencia, pero hay que reconocer la penosa realidad de la violencia en el interior de las religiones. Afirmamos que Dios es caridad, pero luego practicamos lo que Unamuno llamaba el "odio teológico de los inquisidores". Se cometen, por razones de política eclesiástica, violaciones de derechos humanos en el interior de la iglesia y, a veces, por parte de personas a quienes incumbe la responsabilidad de velar por la comunión y la unidad. Ésta es una de las partes más difíciles de digerir en el tema del mal. Frente a la tentación de alejarse de la comunidad o la otra tentación más frecuente, la de renunciar a la profecía y condescender con el mal, es una pendiente escarpada y fatigosa el camino eclesial de proseguir adelante en esperanza con la teología del "a pesar de...".

Pero el autor de estas líneas vive en estos momentos demasiado de cerca situaciones en que se palpa esa clase de mal y no se encuentra en disposición de ánimo imparcial como para tratar serenamente la cuestión. Quede solamente insinuada y acabemos con puntos suspensivos...